

—Vos, al arroyo de Montfort, camino de la Courneuve.

—Hasta la vista!

—Hasta la vista!

Las dos berlinas partieron juntas al galope.

Una sombra se deslizó entre los árboles de los campos Elíseos, y los siguió á la carrera.

XXIV

LOS MOCASINES DE TOWAII

M. Benito, propietario transformado en cochero, azotaba á sus caballos con furia, habia torcido en la esquina de Montmartre, para tomar la calle de San Dionisio.

El landó se sacudia terriblemente; pero los cuatro bravos garzones que estaban dentro, continuaban durmiendo.

—Tengo ganas de volcarlos, por vida mia, se decia M. Benito; á ver si esto los hace despertar!

La subida estaba resbaladiza; la agua que producía el desyelo, formaba por todas

ALFONSINA
UNIVERSITARIA
M. B. N. L.

partes arroyos. La calle mal alumbrada, estaba completamente desierta. M. Benito se detuvo por fin, delante de su casa.

—Esos pícaros están allí! no me desagrada ver un poco lo que hacen.

Quién me hubiera dicho, añadió exhalando un profundo suspiro, ante ayer, que había de poner en venta mi pobre villa de Bel-Air?... Estaba tan tranquilo!..... ganaba el dinero con tanta comodidad... pero cincuenta mil escudos... vaya una bonita suma!

Abrió la portezuela del landó.

—Vamos! punta de haraganes, gritó con aspereza, abajo!

Un silencio profundo reinó en el interior del carruaje.

Ninguno de los cuatro bandidos se movía.

Benito tomó el brazo de uno de los dominós. El brazo se movió como si hubiera sido el de un manequí, y volvió á caer inerte fuera de la portezuela.

Benito se inclinó para ver mas de cerca.

Un olor fétido y de sangre le llegó á las narices.

Sus piernas flaquearon bajo el peso de su cuerpo.

—Habrán sido asesinados, exclamó.

Qué otra idea podía ocurrírsele?

Se lanzó hácia el delantero del landó y desprendió una de las linternas.

Cuando la tuvo en la mano, no se atrevió á moverse, y permaneció temblando en un mismo lugar un minuto largo.

Por último, presentó la luz en la portezuela.

Un grito ahogado se escapó de su pecho, y cayó sobre sus rodillas en la nieve.

—Towah!..... exclamó, mientras que una lívida palidez se estendia por sus facciones.

Acababa de ver á los cuatro bandidos muertos, unos encima de otros, todos con la misma herida, ancha y profunda, que dividia en dos la traquea-arteria.

Debieron haber muerto sin exhalar un solo gemido.

Sus pendientes cabezas tenian el cráneo á descubierto.

Se les habia arrancado las cabelleras.

M. Benito conocia muy bien las costum-

bres de las pieles rojas, para no ver aquí la mano del Panie.

Pero en esto, habia una circunstancia muy extraordinaria, y era el hecho de haber sido degollados cuatro hombres, los unos al lado de los otros, sin que la muerte del primero advirtiese al segundo, sin que las convulsiones del segundo despertasen al tercero y sin que la agonía del tercero hiciese abrir los ojos al último!

Cuatro golpes seguros, terribles, idénticos!

Un sudor frio inundó la frente de Benito.

Dirigió una mirada al alrededor de sí, creyendo ver á cada instante la cara manchada del salvaje.

Estaba solo.

Cuatro hombres habian sido asesinados por la mano de Towah en la calle pública, debajo de los balcones del hotel de Rivas, entre medio de los coches estacionados para la fiesta.

Estaba solo. Su adormecida y fria mano, buscó en su pecho una pistola, mas no tenia fe ni en sí mismo, ni tampoco en su arma.

Su mirada no halló sino la soledad.

El silencio no estaba interrumpido sino por el ruido del viento que zumbaba en las desnudas ramas, y por el murmullo del agua que corria;

Benito soltó la pistola y tomó la llave de su casa. La puerta estaba á su espalda á dos pasos; pero le pareció que no tendria tiempo para volverse y abrirla.

La locura del terror se habia apoderado de él. Por todas partes se levantaban fantasmas en la oscuridad, que helaban su sangre.

Se decia á sí mismo, porque las angustias del miedo arrastran al hombre á las puerilidades de la infancia; se decia:

—Si estuviera del otro lado de la puerta, cerrada con llave, me habria salvado!

Invocó á Dios maquinalmente, él que en nada creía. Por atravesar esa puerta hubiera hecho un voto, hubiera dado la cuarta parte de su fortuna!

La llave rechinó en la cerradura, que habia encontrado á pesar del temblor de sus manos; la puerta giró sobre sus goznes, y la cerró en seguida violentamente.

Después sus cabellos se erizaron porque nada veía.

Había dejado la linterna afuera.

Abriría? Por nada en el mundo! Y sin embargo, en lugar de conseguir calmarse, Benito sentía redoblar su terror....

—Amolador! llamó tímidamente.

El eco de su propia voz lo espantó.

El Amolador no respondió á su llamado. No se escuchaba ningún ruido en la pieza inmediata, sin embargo de percibirse una luz bastante viva al través del ajurero de la cerradura.

—Amolador! repitió Benito con agustia. Ola! muchachos!

Nada! Benito tuvo el valor de espiar por la cerradura de la puerta.

Una gran fogata ardía en la chimenea.

Una luz había sobre la mesa, en medio de botellas quebradas por el cuello y de vasos medio vacíos.

—Ah! dijo Benito un poco reanimado por la cólera que le ocasionó este espectáculo; miserables! han abierto mi bodega!

Empujó la puerta bruscamente. Nadie

había dentro del cuarto, pero estaba lleno de los restos de una orgía.

Benito no vió mas que su lecho desbaratado, y en el suelo y en la pared un agujero abierto.

Dió algunos pasos hácia atrás, agarrándose fuertemente la piel de su pecho. Sus ojos parecían querer salir de sus órbitas, y arrojó un ronco alarido.

Ya no tenía miedo.

—Mi dinero! exclamó con un sollozo, mi pobre dinero!

Se dejó caer sobre una silla.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Yo he sido! murmuró; yo he sido quien los introdujo en mi misma casa!

De repente, se levantó como un furioso. Quería lanzarse en persecución de los bandidos y atacar él solo á los cuatro. Se sentía fuerte como un león. Pero al primer paso que dió con la pistola en la mano, sus piés tropezaron contra un objeto inerte y pesado que salía de debajo de la mesa.

Cayó.

La luz de la chimenea, pasando al tra-

vés de los barrotos de las sillas, alumbraba debajo de la mesa.

Benito, paralizado por el estupor no pudo levantarse.

Su dinero estaba allí amontonado.

Cuatro cadáveres, colocados juntas las cabezas, formando ángulos rectos, tenían por almohada este monton de dinero.

Eran las piernas del amolador las que lo habían hecho caer.

No se les había dado muerte allí, porque sus vestidos estaban cubiertos de lodo.

Benito había puesto á cada uno de estos bandidos en emboscada detrás de un poste, para sorprender á Towah en el momento que escalara la tapia del jardín que daba á la calle San Juan.

El Amolador y sus compañeros, debieron haber muerto en su puesto.

Se les había traído de ese lugar, cuando ya no eran mas que cadáveres.

Los cuatro habían muerto de la misma herida que hacía imposible todo grito, esa misma herida que había quitado la vida á los cuatro hombres del landó.

Benito miraba atentamente su dinero.

De repente, la luz de la chimenea proyectó una gran sombra sobre el grupo formado de cadáveres. No se había percibido, sin embargo, ningun ruido.

Antes que Benito hubiera tenido tiempo de volverse, sintió una cuerda enrollarse en su cuello.

No pudo arrojar sino un débil y lastimoso grito.

Towah se hallaba en su presencia, sombrío y grande, como una vision vengadora.

Benito que conservaba sus manos libres, las juntó para implorar piedad.

Towah dijo:

—Towah ha dado la muerte á su muger Lile, quien amaba.

Ató en seguida las manos y los piés de Benito.

Salió por la puerta de la calle cuatro veces. Cada vez que volvía á entrar, era trayendo sobre sus espaldas uno de los cadáveres del landó. Los colocó entre los cuatro primeros, de manera que formaban una estrella de ocho brazos, cuyo centro era el monton del dinero.

Hecho esto, descolgó una acha de la pa-

red, é hizo pedazos la mesa, las sillas, la cama, los armarios y todo lo que contenia el aposento.

Con los pedazos construyó una hoguera en el centro, y otras cuatro pequeñas, en los ángulos de la pieza.

Vino en seguida á sentarse al lado de Benito, sacó un par de mocasines, brillantes y nuevamente engrasados, de debajo de su manta, y se los puso cantando una salmodia lenta y gutural.

Benito estaba ya mas que medio muerto.

Towah pasó la lámina cortante de su cuchillo al derredor de la cabellera del miserable, y se la arrancó de un solo tiron.... Benito cerró los ojos y no se movió mas.

Towah dió fuego á las cinco hogueras.

Tenia nueve cabelleras ensangrentadas dentro de un saco de cuero, que pendia de su cintura.

Salió llevando en la mano una botella de aguardiente. Fuera ya de la casa, bebió un gran trago, despues derramó un poco en el hueco de la mano, y frotó bruscamente las narices y los lábios de los dos caballos á quienes les habia hecho dar de vueltas.

Los picó al mismo tiempo con la punta de su cuchillo, despues de haber cortado un tirante á cada caballo.

Los dos caballos se lanzaron dando saltos y encabritándose.

Al cabo de cincuenta pasos no arrastraban ya mas que los restos del carruaje, cuyo moviento los enfurecia.

El landó, tirado desigualmente, en la diabólica rapidez de la bajada, habia azotádese á derecha é izquierda contra las paredes, haciéndose pedazos.

El fuego comenzaba á salir por los vidrios rotos de la casa de Benito.

Towah se inclinó para ver sus mocasines, signo de su venganza satisfecha.

Bebió un nuevo trago de aguardiente, y arrojó la botella. Su talla parecia mas elevada. De su ancho pecho arrojó un feroz grito.

Y despues se dirigió lentamente á la ciudad con la cabeza erguida.